

TODOS LOS SANTOS¹

1/ IX /2016
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

¿Para qué creó Dios el cielo y la tierra? ¿Para qué se hizo hombre el Hijo de Dios? ¿Para qué murió en la Cruz? ¿Para qué dio a la Iglesia el mandato de predicar hasta los confines de la tierra? ¿Para qué dio a la Iglesia los sacramentos? ¿Para qué el Bautismo y la Confirmación? ¿Para qué la Penitencia y la Unción? ¿Para qué el sacerdocio y el matrimonio cristiano? ¿Para qué la Eucaristía, el sacramento al que todo tiende en la Iglesia y del que todo nace?

¿Para qué todo esto? Hoy nos lo enseña la liturgia que celebramos: la solemnidad de Todos los Santos. Todo lo ha hecho Dios para hacernos partícipes de su Santidad. Hacerlos partícipes plenamente de esta santidad, no a medias sino de veras. Eso es lo que vemos en la asamblea de los santos: hombres, y hombres de veras, que no dejan de ser hombres, de todo tipo, de toda condición, de toda edad, pero santos, partícipes de santidad de Dios.

Los santos son hombres, hombres de verdad, no dejan de serlo para ser santos. La santidad es la perfección de Dios y es la perfección del hombre. ¿Queréis ver a un hombre perfecto? Ese es Jesucristo. Él ha llevado la humanidad que ha asumido a la perfección para la cual Dios creó al primer Adán. Él ha concluido y perfeccionado la creación del hombre. Él es el hombre perfecto, el hombre bienaventurado, el hombre santo.

Los rasgos de la perfección de la humanidad de Cristo son los que él mismo proclama en las Bienaventuranzas y se dejan ver en su propia vida:

1. Pobre. «Él se ha hecho pobre para enriquecernos», se ha despojado de su gloria celeste, para hacerse uno de nosotros, pero ha conseguido para esta humanidad suya la gloria del cielo: **«Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos».**
2. Ha llorado. Ha llevado en su humanidad el desprecio con que el hombre ha rechazado a su Creador. Esta ofensa ha rasgado y abierto su corazón; pero su corazón abierto ha derramado los consuelos y las delicias del corazón de Dios sobre el hombre: **«Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados».**
3. Sufrido. Ha llevado sobre su humanidad inocente la destrucción con que el pecado paga al hombre. Pero con su sufrimiento ha conquistado la tierra: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio». Algún día toda esta creación, purificada, será

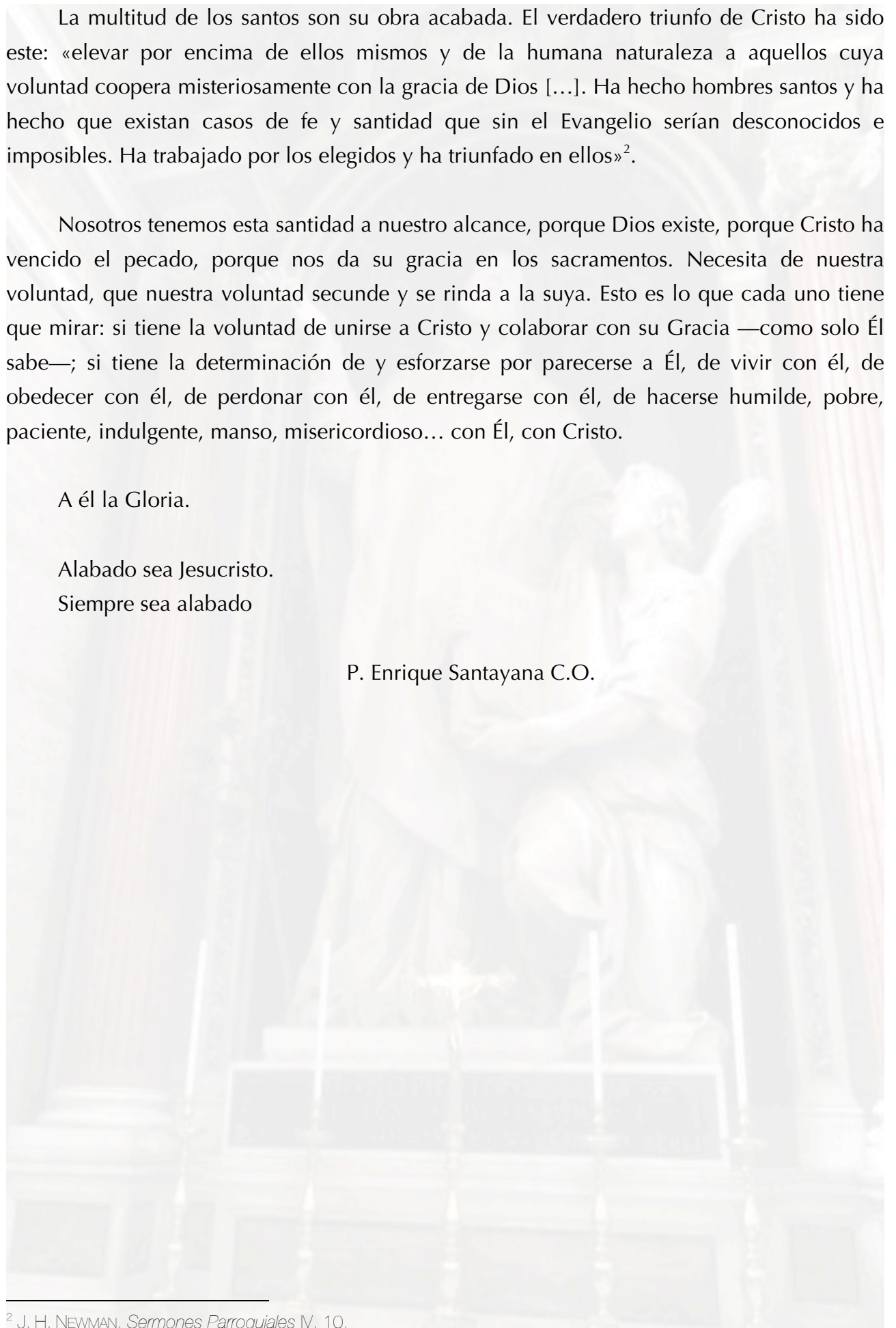
¹ He tomado algunas ideas de un sermón de J. H. NEWMAN, *Sermones Parroquiales* IV, 10.

devuelta a los santos en la Jerusalén del Cielo. **«Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra».**

4. Ha buscado como único alimento de su humanidad hacer la voluntad de Dios. Y tras obedecer hasta el final, su hambre ha sido saciado en la resurrección. **«Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados».**
5. Misericordioso. En su humanidad sin pecado ha amado a todo hombre, a cada hombre, como si fuese el único hombre y como si fuese digno de su amor, como si fuese amable como su humanidad sin mancha. Así los ha hecho suyos, carne de su carne, los ha presentado a su Padre en la cruz y ha alcanzado misericordia. **«Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».**
6. Limpio de corazón. Sin tacha, sin pecado, ha alcanzado la compañía y la visión de Dios, ha hecho capaz al alma humana de la visión del Dios que ni los ángeles pueden mirar sin quedar cegados por su gloria. **«Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».**
7. Ha trabajado sin descanso, sin ahorrar esfuerzo alguno, para traer la paz de Dios, la reconciliación. «La paz con vosotros». «En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo». Y ha conseguido que el hombre sea introducido en la casa de Dios, no como criatura y siervo, sino como hijo y heredero: **«Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios».**
8. Perseguido hasta la muerte. Han buscado darle muerte, no por un pecado, una falta o una ofensa, sino por el odio con que el mal quiere ahogar el rastro de Dios. Destrozado en la cruz por este odio ha conquistado para nosotros el Reino de los Cielos: **«Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos».**

Estos son los rasgos de la humanidad de Cristo, el hombre perfecto. Pero aunque son sus rasgos, cuando los proclama en el monte no está mirándose en un espejo y complaciéndose en su santidad. No, quiere dibujar en los suyos esos mismos rasgos. Por eso dice en plural, dirigiéndose a ellos y a nosotros: «Bienaventurados...». Y para dibujar en sus fieles, en los que le siguen, estos mismos rasgos, para modelarlos a su propia imagen, para hacerles partícipes de su santidad humana, verdaderamente humana... para eso ha hecho todo y para eso nos tiene en la Iglesia: para que seamos santos.

No se hizo hombre ni sufrió la cruz para hacernos un poco mejores o para traer un poco de orden a este mundo. No ha venido para moderar nuestras pasiones, para que seamos buenos ciudadanos y para hacer progresar un poco nuestras ciudades. Ha venido para instaurar un reino celeste, el Reino de Dios. Ha venido para hacernos santos y ciudadanos del cielo.



La multitud de los santos son su obra acabada. El verdadero triunfo de Cristo ha sido este: «elear por encima de ellos mismos y de la humana naturaleza a aquellos cuya voluntad coopera misteriosamente con la gracia de Dios [...]. Ha hecho hombres santos y ha hecho que existan casos de fe y santidad que sin el Evangelio serían desconocidos e imposibles. Ha trabajado por los elegidos y ha triunfado en ellos»².

Nosotros tenemos esta santidad a nuestro alcance, porque Dios existe, porque Cristo ha vencido el pecado, porque nos da su gracia en los sacramentos. Necesita de nuestra voluntad, que nuestra voluntad secunde y se rinda a la suya. Esto es lo que cada uno tiene que mirar: si tiene la voluntad de unirse a Cristo y colaborar con su Gracia —como solo Él sabe—; si tiene la determinación de y esforzarse por parecerse a Él, de vivir con él, de obedecer con él, de perdonar con él, de entregarse con él, de hacerse humilde, pobre, paciente, indulgente, manso, misericordioso... con Él, con Cristo.

A él la Gloria.

Alabado sea Jesucristo.

Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.

² J. H. NEWMAN, *Sermones Parroquiales* IV, 10.